

MAGNET FERRERO, María Cecilia



Acciones contra matrimonios mixtos argentino-chilenos

En la madrugada del 16 de julio de 1976, miembros del Ejército argentino detuvieron en su apartamento de calle Córdova, en Buenos Aires al matrimonio formado por Guillermo TAMBURINI y María Cecilia MAGNET FERRERO. El, médico de nacionalidad argentina, militante del MIR, radicado en Chile durante varios años, huyó la represión desatada con posterioridad al 11 de septiembre de 1973. Ella, chilena militante del MAPU, socióloga, llegó a Buenos Aires a fines de 1973. El matrimonio confesó numerosas veces a sus amigos sentirse

perseguido. En la detención Guillermo Tamburini resultó herido a bala.

La Comisión estimó a la luz de los antecedentes estudiados que Guillermo Tamburini y María Cecilia Magnet desaparecieron en el contexto antes dicho, en violación de sus derechos humanos, y que en su desaparición participaro agentes argentinos, no teniendo elementos que permitan afirmar que hay responsabilidad de agentes del Estado chileno.

(Informe Rettig)

María Cecilia Magnet Ferrero de Tamburini
Guillermo Tamburini "Willy"

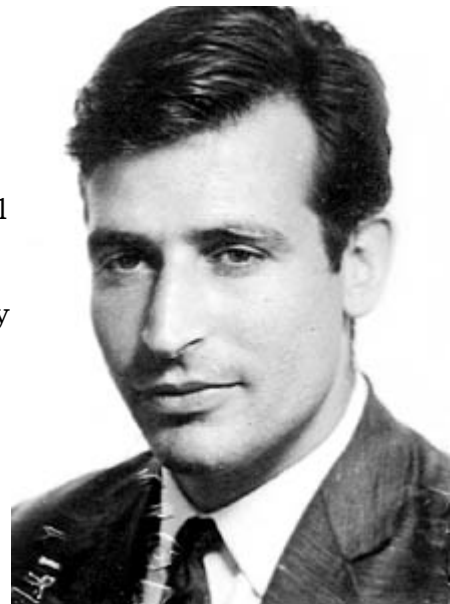
Detenidos-Desaparecidos el 16/7/76



María Cecilia era chilena, tenía 27 años y era la mayor de seis hijos. Estudió Sociología en la Universidad Católica de Washington, D.C. y, posteriormente, Economía en la Universidad de Chile. En Chile había militado en el MAPU.

Willy tenía 32 años y era médico, era argentino pero había vivido en Chile durante varios años y militado en el MIR. Los dos se fueron de Chile en el '73, huyendo de la represión en ese país, se casaron en enero de 1974. Se radicaron en Buenos Aires, donde vivían en la calle Córdoba al 3300.

Fueron secuestrados de su domicilio entre las 3 y 4 de la mañana del 16 de julio de 1976 por un grupo de personas vestido de civil que serían efectivos del Ejército y de la Policía Federal. Los vecinos vieron como la pareja fue introducida a un vehículo. Willy gritaba su nombre y se identificaba como médico, fue herido de bala durante la detención. La casa fue saqueada, se llevaron pertenencias y hasta comida.



La familia de María Cecilia, que vivía en Chile, posteriormente recibió una llamada telefónica en el que les dijeron que concurren a Buenos Aires, ya que Cecilia había tenido un accidente grave.

Pese a las gestiones hechas por intermedio de la Embajada de Chile y ante la Iglesia Católica, y un habeas corpus presentado, nunca supieron más nada.

La desaparición del matrimonio Tamburini dentro de la Operación Cóndor fue una de las tomadas por el Juez Garzón en España para procesar a Pinochet. Actualmente la justicia chilena está investigando el caso.

Carta de Odette Magnet a su hermana Cecilia

Esta noche te escribo, hermana mía. No sé que decirte, ni siquiera sé si debo decirte algo en particular. Más bien quiero hablarte, saber que estás ahí, que me escuchas. Tengo el puro deseo de que nos juntemos no sé dónde pero que hablemos. Que me tomes de la mano como solías hacerlo cuando íbamos al colegio temprano por la mañana, tú caminabas y yo trotaba para seguirte el paso y hacía frío y andábamos un montón de cuadras. Tú dirás que eran unas pocas. Yo le pedía no sé a quién que no soltaras mi mano mientras me decías algo sobre que hay que mirar para lado y lado antes de cruzar la calle y yo te quería más que al recreo y odiaba a esas monjas alemanas que nos decían guten morgen al entrar.

Tantos años más tarde, me volverías a tomar de la mano. La noche del 14 de septiembre cuando me paré a hablar en la Universidad de Nueva York sobre mi hermana, María Cecilia, y su marido, Guillermo Tamburini. Sentí tu respiración en mi cuello mientras me acariciabas la espalda, mi espalda que siempre me duele. Estabas entre agradecida y sorprendida por lo que iba diciendo. La sala estaba llena y el silencio era profundo. Detrás de mí, la pantalla mostraba tu foto de niña con tu pelo rubio y tus manos cruzadas sobre tu falda, tu vestido de terciopelo azul y cuello de encaje blanco. Y luego tú con Willy en la orilla de algún mar. Otra foto de la familia, en un parque de Santiago a fines de los 50 y yo, la más pequeña, con ojos de asombro. Mariana no había nacido aún. La memoria desordenada en el tiempo, color sepia.

Con tu ayuda esa noche me armé de valor, aclaré la garganta y, salvo un quiebre leve en el tercer párrafo, leí mi texto con voz firme y resuelta. Por dentro, sangraba. Recordé cómo ambos habían sido secuestrados del departamento de la calle Córdoba 3386, cuarto piso, en Buenos Aires, en la madrugada del 16 de julio de 1976. Hablarlo, ponerlo en palabras, fue muy aliviador, sanador. Perdóname, no quise ser indiscreta ni violar nuestra privacidad pero tienes que entenderme, necesitaba hablar, necesitaba escucharme, necesitaba que supieran. Y necesitaba que tú supieras que no te he olvidado, que lo recuerdo todo, que mi memoria está fresca como ayer y antes de ayer y que sólo nuestras fotos se han teñido de sepia. Porque después de muchos años, voy lentamente quitándome las telarañas de silencio, de inercia, en la cual me sentí entrampada durante tanto tiempo. Poco a poco me he ido liberando de la sensación de culpa, de esa idea loca de que quienes debiéramos sentir vergüenza o pudor o algo parecido somos nosotros, las familias de las víctimas, de los caídos, y no ellos. No sé bien quiénes somos los nosotros y menos sé quiénes son los ellos.

Nadie lo dijo así, claro. Nadie dijo que mejor no digan nada, no se sientan mal, no hagan olitas y la procesión va por dentro. Pero hoy me doy cuenta que eso estaba en el aire. En el país, incluso en la familia. Ya no más. En Nueva York lancé mi primer aullido público, mi primer grito y gemido. Y lo seguiré haciendo, con todo el dolor que pueda cargar, frente a quien me quiera oír. O leer. Porque sólo tengo la palabra y la memoria. Tanto dolor descoloca. Cuesta abrazarlo, lavar la herida del otro, cuesta más limpiar la propia.

Quedamos mudos, torpes, con nuestras bocas cerradas en una mueca rara y las manos de barro y a veces sonrío con tanta tristeza que mis labios se secan como en los peores días de invierno. Eso les sucedió a mis padres, es decir, a los nuestros, una vez que desapareciste. No es que la vida no volvió a ser la misma, como dice la gente. La vida no volvió a ser. A mi madre se le quebró la voz para siempre. A veces, cuando quería respirar profundo, se le escapaban unos sollozos que despertaban a mi hija recién nacida, Catalina. Mi hija. No tuviste tiempo de conocerla, de tomarla en brazos, de darle un beso. Te gustaría mi hija, hermana mía. Linda por dentro y por fuera, como eras tú. Un tornado, un huracán, como eras tú. Un remolino con dos piernas largas, una melena al viento. Pero, quién sabe, tal vez la conoces, la has visto caminar por las calles de Washington o de Santiago, tal vez escuchaste su risa gruesa, capaz de despertar a los muertos. Se parece mucho a ti, también a mí y a sí misma. Suelo decir, medio en broma, medio en serio, que tengo una hija activista.

-¿A quién habrá salido?- preguntan mis amigos.

Yo me sonrío de nuevo y pienso en ti. Mi hija no se pierde, protesta, pega carteles, enciende velas, reparte volantes, ve los debates, apoya candidatos, defiende sus ideas y grita consignas. Es activa y activista. Le importa el mundo, le interesa de verdad la gente, traga ideas y mastica noticias, discursos y declaraciones. Pura vida. Ella sabe de ti y, sin decirlo, también te extraña.

¿Nuestro padre? ¿Quieres saber de él? ¿Lo ves, lo sigues desde dónde estás? Perdón, ¿dónde estás? Un día abrió un libro y el olor a polvo y tabaco de las páginas ya no estaba. Entonces supo que se había quedado más solo que nunca, con las manos vacías y el corazón lleno de angustia, de pura memoria. Entrampado en su dolor. Habría querido que no se enterara de lo que vino después. Incluso habría querido que tú no hubieras sabido pero difícil porque tú siempre te enterabas de todo. Llegó el día -no hace mucho- en que nos tocó ver cómo esos buzos se sumergieron en las aguas frías de la costa de Quintero y salieron a la superficie con unos rieles de hierro, pesados, mohosos. Fueron varios y sospecho que no serán los últimos. Hacía frío, era septiembre, mes de la patria, y el viento soplaba fuerte. Entonces pensé en ti. Se me escaparon unos sollozos muy similares a los de mi madre, nuestra madre. Y cuando el juez dijo lo que no queríamos escuchar, cuando confirmó nuestras sospechas y entendimos que los detenidos desaparecieron bajo el mar porque sus cuerpos fueron atados a esos rieles, pensé en ti. No pude atajar mi llanto. No pude contener mi pena, mi rabia la puta que lo parió y me sumergí en mis propias aguas de tristeza, de memoria queda, allá, al fondo de mi propio mar, el mío, el que nadie conoce. Ni siquiera tú.

Un sábado por la mañana, el juez entró a la casa del dictador, del asesino, y lo interrogó durante una hora sobre su participación en la Operación Cóndor y él contestó seis preguntas, después de aclarar que la operación ésa no era problema de él. De nuevo, pensé en ti. Y ya no más, dijeron sus abogados, no ve que le cuesta respirar y está agripado, se cansa, no puede mantenerse sentado, no tiene memoria pero así y todo contestó con dignidad de soldado. Rogué no sé a quién, a Dios, a alguien que me escuchara, que tú no estuvieras viendo, que no supieras, hermana. Pero no, sabía que estabas siendo testigo. Como yo, como tantos. Yo acuso. Acusamos. Te enteraste. Y escuchaste cuando el juez le preguntó si él había dado las órdenes para las detenciones, interrogatorios, torturas o desaparecimiento forzados de personas. Y él respondió que cómo se le ocurre, que él era Presidente de la República, que no le iban a informar de esas cosas chicas, que a él le informaban de cosas grandes, como el tema de la seguridad nacional y Argentina. No tenía tiempo para ocuparse de menudencias, ¿no ve que para eso estaban los mandos medios!

Entonces pensé en la gente que se enjuaga la boca con el perdón y la reconciliación y la necesidad de dar vuelta la hoja mientras levanta la copa en el cóctel de rigor y las palabras caen del aire como bolas de fuego en una magistral proeza circense que se cierra con un brindis. Sentí náuseas y en vez del llanto me inundó el vómito. Quise compartir contigo mi tristeza, mi vómito, mi rabia, lavar mis heridas, escupir la hiel, pararme de nuevo. Quise saber si a ti también te dieron arcadas mientras leías la declaración del dictador, si te refugiaste en tu propio mar, no el océano al que te arrojaron desde un helicóptero esa noche de invierno sino ése que es tuyo, de aguas tibias, calmas, con el sol que se desliza por la cresta de la ola y las gaviotas que hacen piruetas cuando se levanta la espuma. Quise saber si la mentira te duele, si la barbarie te hiere, si todavía puedes llorar y extrañar a los ausentes. Como tú, quise saber, comprender por qué tú ya no estás, por qué me dejaste sola, por qué soltaste mi mano.

Pero no soy la única que quiere entender. No sé por qué te lo cuento porque ya lo debes saber pero el año nuevo arrancó muy bien porque esta semana, precisamente, el dictador fue notificado en su parcela de Los Boldos de su arresto domiciliario y procesamiento como autor de nueve secuestros y un homicidio calificado en la llamada Operación Cóndor. Sus voceros dijeron que había firmado lo que correspondía, con altivez y el entusiasmo de un soldado. Te lo cuento y no lo creo. No, ni tú ni Willy están entre los casos pero está bien, sabes, lo importante es que ya no hay vuelta atrás y el dictador está tan solo en el mundo que ni sombra tiene ya y nadie en su sano juicio le cree su amnesia falsa.

También quiere entender por qué de pronto cambió el libreto y las cosas no están resultando como lo tenía pensado. Las hojas de Chile se están moviendo y él no lo sabe y parece remota la idea de esperar la muerte en su cama tibia, rodeado de su familia, con una sonrisa de misión cumplida en los labios. Poco promisorio se le presenta el mañana porque ahora resulta que no puede conciliar el sueño y en sus noches de insomnio no cuenta ovejas sino cadáveres. Cientos y miles se amontonan a los pies de su cama, a los costados, en la cabecera, entre las sábanas, frente al espejo. Son los caídos bajo la tortura o

lejos en el exilio, los que no pudieron más y se suicidaron, los arrojados al mar y los enterrados en el desierto, los guardados vivos en los hornos de cal, los de las fosas comunes, los que nunca supieron de fuga ni enfrentamiento alguno, los quemados vivos, los secuestrados, los enemigos, los terroristas, los antipatriotas. La verdadera demencia puede resultar inevitable. Quizás. Pero ése ya no es mi problema, como diría él.

Yo sólo quiero pensar que tú estás muy lejos, hermana mía, lejos de la noche y el dolor. Lejos del olvido. No sé dónde, no importa porque ya nadie te puede tocar, empujar, humillar, maltratar, torturar. Nadie, nunca más. Estás a salvo, apañada en mi abrazo, clavada en mi memoria, acurrucada por el ruido de las olas de tu mar, con tu sonrisa dulce y tu alma en paz.

Publicada en El Mostrador - 6 de enero de 2005, MirandoAlSur - 7 de enero de 2005



El siguiente es el texto de un discurso de Odette Magnet, periodista chilena, en el Centro del Rey Juan Carlos I de España en New York University el martes 14 de septiembre del 2004 con ocasión de un evento en memoria de los detenidos-desaparecidos durante la dictadura de Pinochet en Chile.

Buenas noches. Gracias por haber venido.

Nunca habría pensado que estaría aquí frente a ustedes. Nunca, ni en mis peores pesadillas de infancia, habría imaginado que aceptaría la invitación a hablar en la ciudad de Nueva York en un encuentro sobre los detenidos y desaparecidos en Chile y en América Latina.

Esta noche les quiero hablar de una pareja: María Cecilia Magnet y Guillermo Tamburini. Ambos fueron secuestrados de su departamento de la calle Córdoba -en Buenos Aires- en la madrugada del 16 de julio de 1976. Ambos desaparecieron en la oscuridad de la noche, en medio del silencio, sin dejar huella alguna. Ambos habían huído de la represión de los militares chilenos, instalados en el poder tras el golpe de estado del 11 de septiembre de 1973. Esta es la primera vez que hablo de ellos en público.

María Cecilia era mi hermana. La mayor de seis hijos. Tenía 27 años al momento de su desaparición. Había sido militante del MAPU en Chile durante el gobierno de la Unidad Popular. Estudió Sociología en la Universidad Católica de Washington, D.C. y, posteriormente, Economía en la Universidad de Chile. Su marido, Willy, como le decía todo el mundo, era argentino, médico, militaba en el MIR, en la extrema izquierda. Por separado, hacia fines del '73, él y ella viajaron rumbo a Argentina. Se casaron en enero de 1974 en Buenos Aires.

Pero la fiebre represiva fue contagiando uno por uno a los países de la región. En marzo de 1976, los militares argentinos también arrebatariam el poder a punta de metralla y tanque. Sólo cuatro meses más tarde, Cecilia y Willy caían víctimas de la llamada Operación Condor, una tenebrosa pero eficiente red tejida por las policías secretas de Chile, Argentina, Brasil, Bolivia, Uruguay y Paraguay, la cual sería responsable de la muerte de miles y miles de hombres y mujeres. En cada uno de estos países, los militares compartieron un solo propósito y una misma obsesión: exterminar al enemigo. El enemigo era todo áquel que se oponía, el disidente, el terrorista de entonces.

Después de ocho años de dictadura, Argentina arrojó el sangriento saldo de 30 mil detenidos- desaparecidos. Cuarenta de ellos eran chilenos.

Recuerdo que llovía esa tarde de julio en que sonó el teléfono de mi casa en Santiago. Entonces yo vivía con mis padres.

Contesté la llamada. Una mujer, con voz asustada, pidió hablar con mi padre. - Papá, te llaman- grité por el pasillo.

Mi padre tomó la llamada. Yo estaba a su lado. Mi madre, en su dormitorio. Recuerdo que se puso pálido, tartamudeó un par de palabras, preguntó de qué tipo de accidente se trataba, dijo algo más que no entendí y luego se quedó en silencio, con el auricular en la mano. La mujer le había colgado.

Viajó a Buenos Aires apenas pudo. La atmósfera de terror quitaba el aliento y la tensión enrarecía el aire. El departamento que ocupaban había sido allanado, saqueado, violado. No sólo secuestraron a Cecilia y Willy sino que se llevaron sus pertenencias, comida, lo que encontraron a mano.

Dejaron los libros.

El anillo de matrimonio de mi hermana fue encontrado bajo su cama. Los vecinos, paralizados por el miedo, se negaron a hablar. Le aconsejaron a mi padre que ni si se acercara al departamento. Sólo logró saber que fueron sacados del departamento como a las cuatro de la mañana. Un joven vio cómo fueron obligados a subir a un automóvil. Según esa misma fuente, Willy habría gritado su nombre, se habría identificado como médico y habría resultado herido a bala durante la detención. No voy a entrar en detalles, pero mi padre hizo todo lo que era entonces posible para encontrar a María Cecilia, para saber de ella y su marido. Al final, para responder una sola pregunta que lo persigue hasta hoy. ¿Dónde están? Varios días más tarde volvió a Santiago con las manos vacías.

A partir de entonces, como en tantos otros casos, las versiones fueron contradictorias, confusas. Por muchos años, enterramos y desenterramos a mi hermana y mi cuñado, según la fuente de turno. Otro rumor daba cuenta de que un médico había encontrado en una celda un recado escrito por mi hermana que decía "avisen a Willy Tamburini que estoy bien." Hasta que los rumores cesaron y no hubo más versiones. Ni oficiales ni extraoficiales. De lo

poco que sabemos, no hay testimonios de otros detenidos sobre su paradero, no sabemos de nadie que los haya visto en algún centro de tortura.

Sí sé que, sin importar la geografía, desde distintos puntos de la cordillera de Los Andes, muchos de los llamados "desaparecidos" fueron arrojados durante la noche a la inmensidad del océano, con sus vientres cargados de piedras para que no flotaran a la superficie. Entonces, los ejecutores de la Operación Condor no hicieron ningún distingo de nacionalidad, sexo, raza o religión. El enemigo era uno solo. O estás conmigo o estás en contra mío.

La Comisión Rettig - creada en Chile en 1990 por el Presidente Patricio Aylwin - estimó, a la luz de los antecedentes, que Guillermo Tamburini y María Cecilia Magnet desaparecieron en violación de sus derechos humanos, y que en su desaparición participaron agentes argentinos, no teniendo elementos que permitan afirmar que hay responsabilidad de agentes del Estado chileno.

Mi familia espera desde hace años una indemnización por parte del estado argentino, único gesto que representaría la admisión de los delitos perpetrados en contra de María Cecilia y su marido.

El 29 de diciembre de 1990, Carlos Menem indultó a los dirigentes de las juntas militares de Argentina y a otros oficiales de alta graduación encarcelados por delitos cometidos durante la "guerra sucia". Entre los indultados se encontraba el ex general del ejército Carlos Suárez Mason, con juicio pendiente en Argentina por 39 cargos de asesinato relacionados con violaciones de derechos humanos. Suárez Mason -entonces jefe de plaza en Buenos Aires- fue una de las tantas personas con quien mi padre se entrevistó en julio de 1976. Le dijo a mi padre que su hija no figuraba en ningún registro de detenidos.

Han pasado 28 años desde que mi padre recibió esa llamada telefónica. Ha caído mucha lluvia y, sin embargo, el dolor está ahí, intacto, crudo, como el primer día. Se ha dicho tantas veces que la herida sigue abierta. La frase se ha transformado en un lugar común, pero no por eso menos cierta. La herida sigue abierta porque, de otro modo, no estaría aquí. No habría querido venir a mostrarles mi herida ni venir a hablarles de mi dolor.

Sin embargo, estoy aquí por varias razones.

Primero, porque creo que el compartir -el pan o el dolor- siempre gratifica, aligera la carga, calma el hambre y alivia el alma. Es aquí, en el plural, en la invitación a escuchar y a ser escuchado, que uno entiende que no se está solo en la soledad, en la pérdida, en la tristeza profunda. Y que uno puede ser útil, que puede tender puentes, estirar la mano, acompañar a otros que perdieron la voz, la esperanza, la fe y la alegría.

También estoy aquí porque tengo memoria. La atesoro más que mi pasaporte. Una persona sin memoria no tiene rostro, no tiene historia, carece de identidad y pasado. No puede aprender porque no ha recogido ninguna lección, no se ha hecho cargo de ningún error. Solo amnesia. Y la amnesia es la vecina de la demencia, del vacío, la nada. No puedo dejar de desconfiar de esa gente que

habla, casi obsesivamente, de la necesidad de "mirar hacia el futuro", de "dar vuelta la hoja", de "no revolver viejas heridas" de "olvidar y perdonar". Como si el dolor y el desconsuelo pudieran ser controlados a punta de instrucciones o señales de tránsito. Pare. Ceda el paso. No doblar en U. Calle sin salida.

En mi caso, y en la de muchos otros, la memoria me mantuvo viva. Y a distancia de la locura, el abandono total, el suicidio. El deseo de recordar, la voluntad de explorar en la memoria es en sí un gesto de sanación. La memoria tiene que ver con el reencuentro con uno mismo y con los otros, con recuperar el centro, el sentido de pertenencia. La memoria es la patria, el paisaje que se reconoce, el padre, la hermana y el amigo. La memoria sabe a lealtad y amor porfiado.

Así como no hay regreso sin fuga, no hay mañana sin ayer. Para soñar genuinamente en un futuro, como país y como personas, debemos primero abrazar lo que dejamos atrás. Sumergirnos en la memoria y, si es necesario, en el dolor. La puerta a la paz y a la reconciliación no es el olvido. No se puede perdonar lo que no se recuerda.

No se trata de ser morboso, vengativo ni rencoroso sino de entender que si le damos la espalda al pasado nos quedaremos con las manos vacías, como mi padre cuando regresó a Santiago.

La opción no es fácil. Ni para la gente ni para los pueblos. Chile tiene serios problemas con la memoria y el dolor. Le tememos al conflicto, no sabemos pelear ni decir lo que queremos decir. Somos como los diplomáticos. ¿Conocen el cuento? Cuando un diplomático dice "sí", quiere decir "quizás". Cuando dice "quizás", quiere decir "no". Y cuando dice "no", es que no es diplomático... En este afán febril de avanzar, de dejar atrás el llamado Tercer Mundo, evitamos mirar hacia atrás porque el pasado nos divide. Sólo la incertidumbre del futuro nos permite soñar que algún día seremos un país unido, con una historia y propósito común. Somos un pueblo sentimental, bueno para llorar pero nos cuesta aprender del dolor y vivir con la verdad. No lo admitimos pero creemos que es mejor barrer la mugre bajo la alfombra o lavar los trapos sucios en casa.

Con todo, debemos reconocer que Chile ha madurado como país. La democracia nos ha hecho bien. Estamos aprendiendo a hacer las cosas de manera distinta. Daremos un auténtico salto al nuevo siglo cuando seamos solidarios el año entero y podamos recuperar la confianza en nuestras instituciones, nuestras autoridades, nuestros líderes políticos, nuestros jueces y soldados.

Hemos ido entendiendo que la globalización no pasa sólo por índices económicos exitosos sino por el acceso a la verdad, la justicia y la memoria. El fallo de la Corte Suprema chilena, el 26 de agosto, que desaforó al general Pinochet y abrió la posibilidad cierta de que éste sea procesado, fue un salto enorme en esa dirección. Pero la experiencia del pasado está anidada tan fresca en la memoria y entonces contenemos el aliento porque parece demasiado bueno para ser cierto.

Sí, somos cautos pero la memoria y la esperanza aún nos mueve.

Hace sólo unos días, el 10 de septiembre, la familia Magnet Ferrero presentó una querrela criminal en contra del general Augusto Pinochet y quienes aparezcan responsables por Tuvimos que esperar casi tres décadas para que esto sucediera. Y aunque no estuve allí presentando la querrela, recordaré ese día para siempre.

Es muy improbable que Pinochet pase un día en la carcel. Quizás los jueces de mi país me defraudarán una vez más, pero tengo claro que no les voy a ahorrar el fracaso ni la vergüenza por su falta de coraje. Tal vez nunca abracemos la justicia y la verdad, pero nuestra búsqueda continuará, Y lucharemos en contra del olvido, la amnesia, la indiferencia. No renunciaremos al derecho de tener duelo y entierro.

Porque tenemos memoria. Yo recuerdo. Recuerdo los ojos de Cecilia, color miel, su sonrisa ancha, su piel tibia. Recuerdo que era brillante y generosa.

Sarcástica, aguda. Su orgullo eran sus piernas. Vivía a dieta. Le gustaba comer, tomar, bailar.

Buena para los idiomas, para leer y viajar. Le gustaban los hombres y era coqueta.

Encantadora a ratos, en otros, insoportable. Era una mujer especial, llena de talentos y sueños. Y, al mismo tiempo, tan común y corriente. Con la autoridad de la hermana mayor -nos separaban siete años- me pedía libros prestados que no devolvía, usaba mi maquillaje, se olvidaba de darme los recados y me daba órdenes que ella llamaba sugerencias.

En 1972, me escribía desde Lota y Coronel, zona minera, una de las más pobres de Chile. Una carta suya, fechada el 7 de mayo.

Decía: "He estado trabajando firme estas semanas y aprendiendo mucho de todo lo que voy viendo. Las condiciones de trabajo son bastante duras, mucha lluvia, frío y barro hasta la rodilla ya que aquí llueve por semanas enteras sin parar. Pero los pobladores tienen un espíritu organizado y combativo que no te permite quedarte atrás."

Agregaba: "Aquí la gente ha sufrido mucho y los trabajos que hacen deben estar entre los más duros de todo Chile (...) He visto campamentos que hace un año o dos eran peladeros, y hoy son un ejemplo de organización de vida donde lo que se tiene se comparte. Las mujeres, sobre todo, son muy choras. Ya te contaré algunas experiencias."

La vi por última vez en el verano de 1975. Todos la fuimos a buscar al aeropuerto de Pudahuel. Se veía bonita, contenta, flaca. Un par de días más tarde, caminamos por la orilla del mar y nos reimos como niñas cómplices. Me preguntó por mis novios y mis sueños. Le parecía tan absurdo que estudiara periodismo en la Universidad Católica, tan intervenida por los militares. Como

siempre, me inundó de preguntas pero también me contó de Willy y de su nueva vida de casada.

Cecilia creía en el compromiso y no en la caridad. Decía que cuando la caridad empieza por casa, normalmente ahí se queda. Y tenía razón, sólo que nunca se lo dije porque estaba cansada de encontrarle la razón. Su curiosidad era insaciable. Detestaba los lugares comunes, las respuestas fáciles que no explican nada. Sospecho que las primeras dos palabras que aprendió en su vida fueron "¿por qué?". A veces creo que con esa misma pregunta enfrentó la muerte.

Hoy no dispongo de otra herramienta que la palabra. No tengo otra joya que la memoria. Con una en cada mano he venido esta noche, creyendo que, quizás, sólo quizás, después de todo, mi herida sí cerrará y un día cualquiera despertaré con una cicatriz que luciré orgullosa.

Gracias.

Nueva York, 14 de septiembre de 2004



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006 